

## LEONARDO POLO: LA METAFÍSICA COMO DISTINCIÓN DE LOS PRIMEROS PRINCIPIOS

Polo ha asignado a la metafísica esta concreta temática: la pluralidad de los primeros principios; que son tres: el de identidad, el de no contradicción y el de causalidad trascendental<sup>1</sup>.

Y además ha denunciado ciertas maclas<sup>2</sup>, o confusiones entre ellos, acontecidas en la historia del pensamiento. La antigüedad griega asoció la identidad y la no contradicción, con perjuicio de la causalidad, en la estabilidad y eternidad de lo ente (que se produce -pienso- por la inclusión del *logos* en el mundo físico, al que gobierna según órbitas siderales). La modernidad, en cambio, ha asociado la identidad y la causalidad, en menoscabo de la no contradicción, con el dinamismo infinito y progresivo (que se produce -estimo- por la subsunción de lo físico en lo lógico, propia de racionalismo e idealismo). Alternativamente Polo propone asociar no contradicción y causalidad, preservando la separación originaria de la identidad: la trascendencia del ser divino; esta alternativa comporta añadir a la metafísica una antropología trascendental (lo físico y lo lógico -entiendo- como distintos pero compatibles).

Y Polo ha propuesto también que la operación intelectual es un límite de la inteligencia humana, cuyo abandono es el método de la filosofía. Concretamente, al saber metafísico sobre los primeros principios se accede con la primera dimensión de ese abandono del límite mental. Pero el mismo Polo ha vinculado<sup>3</sup> las dimensiones de su método con los hábitos (adquiridos e innatos) del entendimiento humano. Amparados por esta vinculación, aquí prescindiremos del estricto método poliano; y consideraremos –sin más cuestión- el hábito del entendimiento de los primeros principios como el método de la metafísica.

Planteamos entonces una pregunta acerca de la congruencia entre el método y el tema de la metafísica: ¿por qué el conocimiento de los primeros principios requiere un hábito noético?. Ya que las operaciones intelectuales se ordenan al conocimiento de las cosas materiales, mientras que los hábitos noéticos conocen la realidad del propio espíritu, un ser que sabe de sí<sup>4</sup>. Pero los primeros principios son, obviamente, temas

---

<sup>1</sup> Cfr. *El ser I: la existencia extramental*. Eunsa, Pamplona 1997<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Cfr. *El conocimiento habitual de los primeros principios*. Univ. Navarra, Pamplona 1993; c. VI, 8; pp. 66-9.

<sup>3</sup> Cfr. *El conocimiento habitual de los primeros principios*, o. c., cc. I y VI. Y también *Antropología trascendental I: la persona humana*. Eunsa, Pamplona 2010<sup>3</sup>; 2ª parte, III: C y D.

<sup>4</sup> El problema mayor para la tesis de que "conocer es conocerse" está en el conocimiento de los primeros principios, porque son extramentales. Se resuelve mediante cierta

extramentales; a fin de cuentas: Dios, el ser increado, y esa primera criatura que es el universo material.

La respuesta a esa pregunta es gradual; pues tiene como cuatro escalones, de los que trataremos a continuación. Se trata, en suma, de la progresiva distinción de los primeros principios: el logro metafísico que corresponde a su metodología habitual.

### **1. El fundamento racional y el primer principio del entendimiento**

La razón humana descubre el universo como fundamento de nuestro conocer; y alcanza así, en último término, un primer principio de cuanto se le ofrece en la experiencia sensible (sea el motor inmóvil aristotélico, el *primum principium rerum* –del que habló Scotto- o el principio de razón suficiente leibniciano).

Porque el universo está ordenado a su conocimiento por el hombre. Y entonces el hombre, desde la información que recibe de él a través de la sensibilidad, puede descubrir esa ordenación como fundamento de su saber; y analizar los distintos sentidos de la causalidad, que constituyen los principios próximos explicativos de cuanto la experiencia le ofrece. Esto es la ontología, el conocimiento de la realidad física<sup>5</sup>.

Tras ella, el hombre comprende que la misma existencia del universo es –en definitiva- el principio primero; pues en ella se basa, en último término, todo el orden de los principios próximos, de las causas predicamentales, que la razón humana encuentra como fundamento de su conocimiento. La existencia extramental del fundamento, la existencia de esa ordenación de lo físico al humano conocer, es el primer principio del saber humano: *esse rei... causat veritatem intellectus*<sup>6</sup>.

Pero el universo no existe por sí mismo: la esencial ordenación al fin de cuanto ocurre en él, se distingue realmente del hecho de que tal ordenación exista efectivamente. Por ello, el que exista un universo, o el ocurrir en orden al conocimiento del hombre, no es necesario; perfectamente podría no existir, o existir de otro modo, con otra ordenación y forma de ser. Y, entonces, la existencia de un universo no es la plenitud del existir; la identidad del existir desborda lo que es estar

---

repercusión de la sabiduría humana sobre el entendimiento de los principios, que lo torna un hábito. Polo afirma que hay *una repercusión del hábito de la sabiduría en el hábito de los primeros principios* (*Antropología trascendental*, o. c., p. 185); nosotros glosaremos aquí esa repercusión relacionando la distinción de los primeros principios con los que Polo llama trascendentales antropológicos superiores: las perfecciones puras del ser espiritual.

<sup>5</sup> Si "conocer es conocerse", también es un problema –aunque menor- el conocimiento del universo, porque es igualmente extramental. Se resuelve señalando que ese conocimiento exige el de las propias operaciones de la inteligencia, pues se obtiene en pugna con ellas.

<sup>6</sup> TOMÁS DE AQUINO: *Summa theologiae* I, 16, 1 ad 3.

ordenado al conocimiento humano. En suma, con la distinción real de la esencia y el ser del universo se avizora su carácter creado; y con el tema de la creación empieza la metafísica, más allá de la ontología.

La ontología, en efecto, analiza los iniciales sentidos de la principiación: la pluralidad de las causas o principios próximos; que llamamos predicamentales, porque sustentan las categorías que usamos en el pensamiento y el lenguaje. Pero la metafísica es trascendental. Su trascendencia estriba en afrontar el tema de la creación, distinguiendo los primeros principios reales: pues tanto el creador como la criatura son primeros, son principios, pero cada uno a su manera. Por lo demás, mientras que la esencia del universo remite al conocimiento humano (ya que es su fundamento), su existencia creada remite al creador, depende de él; por eso es directamente inteligible, más que obtenida racionalmente a partir de la experiencia.

## ***2. La pluralidad de primeros principios: la división del ser en creado e increado***

La distinción real de la esencia del universo y su ser, de su ordenación al conocimiento humano y su efectiva existencia, muestra la índole creada del universo, su limitación entitativa y su dependencia del creador; y sugiere al mismo tiempo la identidad y plenitud existencial del ser increado.

Por tanto, la inicial distinción entre primeros principios, con la que desbordamos la noción de fundamento, es aquella que divide el ser en creado e increado. A ella pienso que llega el entendimiento humano, por encima de su razonar desde la experiencia sensible, con cierta facilidad. Porque la noción de creación comporta la distinción entre criatura y creador, y la obvia dependencia de aquella respecto de éste.

En efecto, el ser creado se distingue del increado porque comienza; comenzar a ser es lo propio de la criatura. Que además luego ha de seguir siendo; y es así, de algún modo, temporal. En cambio, el ser increado no precisa comenzar, ni podría hacerlo: porque no puede suscitarse mediante ningún proceso generativo; de modo que el ser increado es originario; y no necesita sobreponerse al tiempo para existir, por lo que está fuera de la actualidad, y es eterno. Por consiguiente, la distinción de los primeros principios se inicia con una consideración radical de la temporalidad: la identidad existencial es originaria, mientras que el mantenimiento de la criatura en el ser exige vencer el curso del tiempo.

Por su parte, que el ser creado lo sea de una concreta esencia, para el caso, que sea la existencia de un universo ordenado a su fin, hace barruntar al hombre lo que puede ser la identidad de un ser cuya esencia no se distinga de su existencia: la plenitud existencial del ser originario.

Si el hombre puede entender el ser creado del universo, su existencia, como lo primero respecto del orden entre las causas, o como el comienzo de toda la realidad del universo material; en cambio, el ser increado es insondable por el hombre, que no encuentra -no tiene ante sí- la identidad del ser, la plenitud del existir; e incluso, desde el cosmos, pudiera ser incapaz de alcanzarla, y de penetrar con su mente en ella.

Por cuanto la distinción de estos dos primeros principios –criatura y creador- es superior a la noción de fundamento, pues la escinde en dos, el hombre se eleva a conocimientos superiores a los que la razón le reporta; pero que son inteligibles, o accesibles mediante el entendimiento de los primeros principios reales.

### ***3. La distinción de los primeros principios de identidad y de no contradicción<sup>7</sup>***

Con todo, la distinción del ser en creado e increado no fue vislumbrada por el pensamiento griego, que asoció el primer principio del universo -el acto puro: que es la primera de las sustancias y, en un sentido dinámico, el motor inmóvil- con la *noesis noeseos*, que anuncia la identidad y plenitud del existir.

La discutida<sup>8</sup> identificación aristotélica entre el Dios de la *Física* y el de la *Metafísica* es un error que impide entender la creación, y tiene el destino de quebrarse y desaparecer; hay que distinguir dos primeros principios: el ser creado del universo, y el increado del creador.

Sin ello se produce, según Polo, la macla del primer principio de no contradicción con el de identidad; en cambio, distinguir estos dos primeros principios deshace la macla griega.

De esta manera:

Que el orden del universo a su fin exista, aunque no sea algo necesario, es decir, aunque no haya identidad entre estar así ordenado y existir; pero -repito- que un universo exista, que se mantenga sobre el tiempo y persista, es algo que no es contradictorio. Más: lo contradictorio sería -a la inversa- que aquello que ocurre, ese orden al fin, dejara de ser y se mudara en nada. Persistir sobre el tiempo es el ser creado del universo, el principio de no contradicción.

Y, aunque la identidad originaria del ser sea insondable por el hombre, su conocimiento mejora ostensiblemente cuando el hombre la entiende, no desde el universo, sino desde su propia realidad espiritual. Porque el hombre se sabe inteligente, y comprende lo que es la plenitud

---

<sup>7</sup> Polo denomina principio de *no* contradicción al ser del universo; mientras que denomina principio de contradicción al axioma lógico que se formula como "A no es no-A".

<sup>8</sup> Cfr. ROS, J. A.: *Dios, eternidad y movimiento en Aristóteles*. Eunsa, Pamplona 2007.

del ser -el ser espiritual<sup>9</sup>-, y lo que significa la identidad existencial en este nuevo ámbito; la identidad no es sólo un primer principio (Dios es algo más que creador del cosmos), sino que ha de ser espiritual, un ser personal. La *noesis noeseos* tiene que ser persona, e incluso dos personas; no la simplicidad del ser primero, uno y único<sup>10</sup>, sino la dualidad del cognoscente y su conocerse perfectamente idénticos<sup>11</sup>.

La identidad intelectual, desde luego, es también inabarcable por el hombre; pero su mejor intelección desde el espíritu ratifica la distinción de los primeros principios, y justifica el estatuto habitual del conocimiento metafísico de la creación.

El desarrollo de la metafísica, que va discerniendo los primeros principios, exige entonces para el entendimiento de los principios un hábito noético: el del entendimiento; cuyo sujeto es, por lo demás, el intelecto personal -el intelecto agente-, más que la potencia intelectual informada por noticias tomadas de la sensibilidad<sup>12</sup>.

Y todo ello porque el tema de la metafísica es la creación; pero la creación no es una acción natural, sino personal<sup>13</sup>; y sólo el conocimiento de la realidad personal permite un adecuado conocimiento de ella.

En concreto, la creación es obra de la sabiduría divina; y es precisamente la atención a ella la que permite distinguir acabadamente la identidad de la no contradicción. Porque aquélla es cognoscente de sí, perfectamente autocognoscente; mientras que ésta recaba intelección extrínseca.

#### ***4. La distinción de los primeros principios de identidad y de causalidad trascendental<sup>14</sup>***

Pero después de distinguir los primeros principios de identidad y de no contradicción, hay que distinguir también el primer principio de identidad del de causalidad trascendental.

---

<sup>9</sup> Scotto concibe a Dios como ser infinito. De esa manera supone la plenitud del ser, y además la proyecta más allá del pensamiento; se alcanza así, todo lo más, una idea simbólica de Dios. El espíritu, en cambio, es la plenitud real del ser.

<sup>10</sup> Tras Aristóteles, el neoplatonismo derivó por esta línea: el *unum* supersustancial y suprainteligible.

<sup>11</sup> Cfr. la explicación tomista del verbo personal de Dios en *Summa theologiae* I, 14, 2.

<sup>12</sup> Esta explicación gnoseológica justifica la superioridad del conocimiento habitual sobre el operativo. La operación intelectual es el límite mental; pero aquí eludimos tratar del abandono del límite.

<sup>13</sup> Cfr. TOMÁS DE AQUINO: *De potentia*, 3, 15.

<sup>14</sup> Polo denomina al ser del universo primer principio de causalidad *trascendental*, para distinguirlo de las causas predicamentales en cuya admisión estriba, o en cuya posición extramental consiste; las causas son su analítica, e inferiores a su unificación en la noción de fundamento y a la ulterior distinción de los primeros principios.

Y es que cuando se pensó en la creación no se apreció esta distinción, sino que se entendió que el creador era la causa primera de todo cuanto existe: es la macla propia del pensamiento tardomedieval y moderno. Sin embargo, causar es lo propio de la realidad material, del universo; y un proceder inferior a un actuar personal. Lo propio de las personas es, más bien, el intercambio donal.

Más que la inclinación hacia el bien, hacia el efecto acabado y perfecto de la acción causal, lo propio de las personas es la promoción y distribución del bien, su generación y aportación, el intercambio y donación del bien.

Los neoplatónicos decían que *bonum est diffusivum sui*<sup>15</sup>. Pero no: el bien no se difunde solo, o de suyo; sino que se expande cuando las personas lo hacen y lo intercambian, lo aportan y lo dan. El bien se difunde por la liberalidad de las personas.

De aquí que la creación más que una causación de ciertos efectos, sea la *donatio essendi*<sup>16</sup>; porque crear es una acción personal, y que tiene destinatarios personales: es una donación interpersonal. Pero sin atender a la dinámica del amar interpersonal, no cabe entender este sentido donal de la creación.

De modo que la localización del primer principio de causalidad trascendental en el ser creado del universo y no en el creador (al que mejor es pensarlo como el ser incausado, que entenderlo como la causa primera), es -de nuevo- una redundancia de la sabiduría que el espíritu humano tiene acerca de sí mismo, sobre el conocimiento de los primeros principios reales.

De manera que lo correcto -frente a esas dos mencionadas maclas de los primeros principios, la antigua y la moderna- es separar, aislar y preservar el carácter originario de la identidad y plenitud del ser increado, y asociar en cambio los primeros principios de no contradicción y de causalidad trascendental; que señalan el ser creado del universo; respectivamente, en tanto que distinto de su esencia y en cuanto que vinculado con ella<sup>17</sup>. El ser creado del universo es la causa persistente, y el ser increado propio del creador es la identidad originaria del existir.

## **5. Metafísica y persona**

Análogamente a como la distinción entre la identidad y la no contradicción se establece en atención al inteligir personal, la distinción

---

<sup>15</sup> Cfr. DIONISIO PSEUDO-AREOPAGITA: *Div. Nom.* IV.

<sup>16</sup> [*Deus est*] *donativus et affluenter omnibus*. TOMÁS DE AQUINO: *De divinis nominibus*, c. V, nº 617. Cfr. también *De potentia*, 3, 15 ad 14.

<sup>17</sup> La esencia es concreada junto con el ser. De aquí que la causalidad trascendental sea el enlace, el *ligamen* -dice Polo-, de los otros dos primeros principios.

entre la identidad y la causalidad se establece en atención al amar interpersonal.

Que, de este modo, el conocimiento de los primeros principios se beneficie -y hasta dependa- de nuestro saber sobre las perfecciones puras del espíritu, es el motivo por el que el método de la metafísica es un hábito entitativo de la persona.

En definitiva, lo que pasa es que más allá de la física o de la ontología, de lo natural, sólo está realmente lo personal; por ello, la metafísica está abocada a atravesar la distinción entre naturaleza y persona: pues responde a la completa superioridad de ésta sobre aquélla.

La esencia del hombre, aun siendo superior al cosmos físico, está coordinada con él, pues el conocimiento humano posee el fin del universo; pero el ser personal desborda enteramente el del universo material. Por esto la metafísica se alcanza con un hábito entitativo de la persona, o innato al intelecto personal; y no con las operaciones de la inteligencia, que es una potencia de la esencia humana<sup>18</sup>.

Aun concediendo que la temática de la metafísica es -desde luego- extramental, su metodología es habitual -propia de un ser que en su interioridad sabe de sí- porque excede su dimensión temática; y remite más allá de ella: a la persona que la ejerce. La cual -aunque coexiste con el universo- tiene un destino que lo trasciende.

Esta heterogeneidad interna a la dualidad metódico-temática que constituye el saber metafísico demanda su ampliación con una antropología trascendental; tal es la propuesta de Leonardo Polo<sup>19</sup>. Pero entonces la metafísica -especialmente desde su consideración metódica- nos lleva más allá de sí misma.

Eso justifica -y así respondemos a nuestra pregunta inicial- que su método no sea ninguna operación de la inteligencia, sino un hábito entitativo de la persona: el entendimiento de los primeros principios.

---

<sup>18</sup> Desde aquí se ve que la metafísica exige prescindir de las operaciones intelectuales, es decir, del límite mental; pero -insisto- aquí evitamos tratar expresamente del método poliano.

<sup>19</sup> Cfr. *Antropología trascendental*, 2 vv. Eunsa, Pamplona 1999-2003.